

Marcus el Cruzado

Marcus disparaba sin parar. Cada vez que veía a sus enemigos salir de debajo de las piedras disparaba. Parecían infinitos, no se rendían, no retrocedían, sencillamente volvían a aparecer, en oleadas infinitas, trepando por encima de los cadáveres de los suyos sin importarles la posibilidad (casi la certeza) de terminar formando parte de ellos.

Llevaban horas combatiendo. Marcus estaba cansado. Y hambriento. Apenas tenían algún pequeño respiro entre una y otra oleada, pero no era suficiente como para pararse a comer algo. Apenas lo justo como para enfriar las armas antes de volver a disparar.

Pero ningún esfuerzo era excesivo, pues el Emperador les necesitaba.

Aquel era el tercer planeta por el que pasaban en su Cruzada. No sería el último, pues su ejército era imparable. No importaba que sus enemigos pareciesen no tener fin y que no se rindiesen jamás: al final acabarían sucumbiendo, como todos. El Emperador así lo exigía.

- ¡Adelante! –gritó mientras seguía disparando sus armas- ¡Por el Emperador!

Su poderoso grito resonaba con fuerza entre las explosiones y los esperpénticos aullidos de agonía de sus enemigos, que caían como moscas. Malditos herejes... se retorcían de dolor mientras se aferraban a sus blasfemos símbolos. Pero ningún símbolo podía salvarles de la justa muerte que Marcus y los suyos les traían.

Observó a sus tropas avanzando con ímpetu renovado. Respondían a su llamada, fieles y disciplinados. Como siempre.

Marcus observó cómo los suyos pasaban por encima de sus enemigos luchando con fiereza, como una ola imparable. Dejó de disparar un momento y se permitió el lujo de mirar alrededor.

Era una hermosa tarde en un hermoso planeta. Las dos lunas se movían lentamente en el cielo anaranjado oscuro, tapadas temporalmente por nubes negras. Eran como dos ojos flotando en un mar de sangre. Un telón de fondo muy apropiado para toda aquella destrucción.

Y tenía tanta hambre...

Volvió a bajar la mirada. Allí volvían de nuevo, esos malnacidos. Y le invadió el odio. Pues era plenamente consciente de que su mera existencia era un insulto. Sus impíos pies corrompían la pureza de ese planeta... de esa galaxia. Había que exterminarlos a todos, el Emperador así lo exigía.

Oh, sí, el Emperador. Su brillante luz les atraía desde Terra. Él la había visto, como todos aquellos de entre los suyos que eran capaces de vislumbrar el inmaterial y manejar los poderes disformes. Una luz pura, inagotable, brillando desde el corazón de la galaxia. Una luz que les instaba a seguir avanzando, a no rendirse jamás,

Marcus el Cruzado

limpiando cada planeta en su nombre. Una Cruzada, una misión sagrada que no dejaba lugar a ninguna duda.

También ese planeta sería purificado, como todos.

Unos desgarros en el cielo llamaron su atención, distrayéndole de sus pensamientos. Cápsulas de desembarco.

Las conocía bien, no era la primera vez que las veía. Venían cargadas de enemigos. Enemigos más poderosos que aquéllos a los que llevaban días combatiendo. Pero eso no cambiaría nada, pues ellos nunca se rendirían: purgarían ese planeta y continuarían su camino.

Marcus dio las órdenes oportunas y nuevas escuadras de los suyos se dirigieron hacia donde estaban cayendo aquellas cápsulas. Morirían la mayoría, eso lo sabía, pero eran bajas calculadas. Servirían para desgastar a sus enemigos, y él mismo se encargaría de terminar el trabajo.

Tal vez entonces podría pararse por fin a comer. ¡Necesitaba comer algo!

Su estómago emitió un ruido característico, como si tuviese voluntad propia y reclamase su justa recompensa. De hecho, sus tres estómagos rugieron. No pudo (ni quiso) evitar babear, dejando caer un viscoso líquido entre sus fauces.

Tan sólo el odio que sentía hacia esos herejes era mayor que su insaciable apetito, y sólo gracias a eso conseguía contener sus instintos más primarios. Al fin y al cabo estaba rodeado de comida: montones y montones de cadáveres, sangre fresca y reluciente que estimulaba sus sentidos.

- Aún no –se dijo a sí mismo Marcus-, todavía no puedo comer, primero tengo que acabar con ellos, con todos ellos. El Emperador así me lo ordena.

Volvió a abrir fuego mientras avanzaba con paso firme hacia sus enemigos. Pronto entraría en combate cuerpo a cuerpo contra aquellos formidables guerreros que salían de las cápsulas, y disfrutaría mucho más de la carnicería. Como siempre.

Como las 3 ocasiones anteriores, en que su enjambre había descendido a un planeta y lo había purificado. Ninguno de aquellos ridículos humanos había supuesto un desafío, y tampoco en esta ocasión tenía pinta de que fuese a ocurrir otra cosa. Porque como humanos que eran, no eran más que escoria. Por eso el Emperador quería que muriesen, por eso les ordenaba acabar con todos y cada uno de aquellos herejes.

Un marine (así se hacían llamar) armado con un reluciente pincho se hizo camino entre sus tropas. El muy incauto iba directo hacia Marcus, con la evidente intención de enfrentarse a él.

- Por fin –pensó deleitándose en lo que le esperaba.

El marine llevaba una armadura negra cargada con símbolos blasfemos. Pretendían recordar algo que el Emperador no era. Calaveras y águilas bicéfalas que representaban a un cadáver reinando por encima de los humanos. Insultaban al Emperador con esas heréticas afirmaciones, pues el Emperador no era un cadáver ni

Marcus el Cruzado

un animal; era un dios, ligado al mundo material por un fino hilo que ansiaba cortar. Era luz pura que pedía a gritos a sus hijos, sus elegidos, que viniesen a rescatarle de sus ataduras humanas. Aquello habría puesto aún más furioso a Marcus... si eso hubiese sido posible.

Arremetió contra el marine y su brillante y ridículo pincho, que crepitaba en el aire al son de los patéticos intentos de su portador de herir a Marcus.

- ¡Muere, maldito hereje! ¡Muere, en nombre del Emperador!

Marcus sabía que aquel insignificante personaje no podía entenderle. Sus subdesarrollados sentidos no eran capaces de percibir todas las entonaciones del Sagrado Lenguaje, y aunque así fuese, su diminuto y primitivo cerebro nunca habría podido entender las palabras. Era patético.

Marcus lo descuartizó rápidamente. Demasiado. Se arrepintió enseguida, pues era consciente de que le estaba ahorrando sufrimiento. Pero no había podido evitarlo, pues se había dejado llevar por su odio.

Un odio legítimo, primigenio y sagrado. El odio con que el Emperador había bendecido a los de su raza. El mismo odio que estaba ligado de forma natural a sus poderes psíquicos.

Ese odio infinito y sagrado era el inequívoco mandato por el que Marcus y los suyos debían acabar con toda la especie humana. Y si alguna otra especie se interponía en su camino, también sería exterminada. Porque no servían al Emperador, sino que lo insultaban con su sola presencia, o adoraban a otros dioses igualmente impuros y malditos.

Todos debían morir al paso del Enjambre. Todos debían ser purificados.

Y algún día, cada vez más cercano, con la galaxia ya limpia de todo contagio, llegarían a Terra, y culminarían la obra que el Emperador les estaba pidiendo a gritos. Y le devorarían a Él también, su carcasa cadavérica, cumpliendo así con su divino deseo y apagando por fin, de forma definitiva, aquella luz tan brillante con la que les estaba llamando desde hacía milenios.

Embriagado por este pensamiento, y estimulado por la cercanía de la sabrosa sangre de su enemigo, Marcus soltó un poderoso grito, un grito de victoria que fue escuchado y coreado por todas sus tropas al unísono, que resonó en el cielo, en la tierra y en el espacio disforme. Un grito hambriento que ordenaba, por fin, una vez derrotado su enemigo, que comenzase el gran festín.

Un nuevo planeta esperaba a ser devorado camino a Terra.